

La Liga de los Pelirrojos

Arthur Conan Doyle



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos
Aires



03-07-2025

La Liga de los Pelirrojos

Doyle, Arthur Conan

La Liga de los Pelirrojos / Arthur Conan Doyle. - 1ª edición para el alumno 1ª reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dirección General de Planeamiento Educativo, 2018.

72 p. ; 17 x 11 cm.

Traducción de: Sebastián Hugo Vargas.

ISBN 978-987-549-710-8

1. Novelas Policiales. I. Vargas, Sebastián Hugo , trad. II. Título. CDD 823

La Liga de los Pelirrojos

Arthur Conan Doyle

© De la traducción: Sebastián Vargas

© De la edición: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

Ministerio de Educación

Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa

Dirección General de Planeamiento Educativo, 2018

Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa

Dirección General de Planeamiento Educativo

Holmberg 2548/96, 2º piso

C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Primera reimpresión

ISBN: 978-987-549-710-8

Permitida la transcripción parcial de los textos incluidos en este documento, hasta 1.000 palabras, según la ley 11.723, art. 10º, colocando el apartado consultado entre comillas y citando la fuente; si este excediera la extensión mencionada, deberá solicitarse autorización a la Dirección General de Planeamiento Educativo.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos
Aires

03-07-2025

La Liga de los Pelirrojos

Arthur Conan Doyle

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos



03-07-2025

La Liga de los Pelirrojos

Arthur Conan Doyle

Coordinación general (DGPLEDU): Carola Martínez

Traducción, introducción y notas: Sebastián Vargas

Coordinación del equipo de Edición y Diseño:

María Laura Cianciolo

Corrección (original y primer armado): Gabriela Berajá

Diseño de interior y tapa: Alejandra Mosconi

Ilustración de tapa: Susana Accorsi

Revisión: Equipo de Evaluación de los Aprendizajes (UEICEE),
Prácticas del Lenguaje

Agradecimiento: Virginia Matilde Marino

Imágenes: diseñado por Vexels.com

Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación

María Soledad Acuña

Subsecretario de Planeamiento e Innovación Educativa

Diego Javier Meiriño

Directora General de Planeamiento Educativo

María Constanza Ortiz

**Directora Ejecutiva de la Unidad de Evaluación Integral
de la Calidad y Equidad Educativa**

Tamara Vinacur

**Subsecretaria de Coordinación Pedagógica
y Equidad Educativa**

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

**Subsecretario de Carrera Docente y Formación
Técnica Profesional**

Javier Tarulla

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

Introducción

El autor

Arthur Conan Doyle nació en Edimburgo, Escocia, el 22 de mayo de 1859. Su madre era irlandesa y católica, y su padre era inglés, pero hijo también de irlandeses católicos. Con la ayuda económica de sus tíos, Arthur fue enviado a estudiar a Inglaterra, en un colegio jesuita. Allí comenzó a manifestar interés por el arte, en especial por la literatura y la música.

Sin embargo, tras terminar el colegio se dedicó a estudiar medicina y a los 22 años se recibió de médico en la Universidad de Edimburgo. Mientras estudiaba para ser doctor, comenzó a escribir y a publicar sus primeros cuentos de fantasía y misterio.

Su primer trabajo como médico fue en un buque ballenero, ocupación que le permitió recorrer diversos países y vivir aventuras como marino.

Cuando regresó a Gran Bretaña, abrió su propio consultorio médico en la ciudad de Londres. Fue un ferviente impulsor de la vacunación, una técnica por entonces novedosa que encontraba aún una gran resistencia en la sociedad.

Paralelamente a su práctica médica, Arthur Conan Doyle (“Conan” es segundo nombre, no apellido) siguió escribiendo cuentos, aunque estos no resultaron un gran éxito.

En 1885 se casó con Louisa Hawkins. Ese mismo año creó a su personaje más famoso, el detective Sherlock Holmes. Un año más tarde fue publicada la primera novela protagonizada por Holmes, *Estudio en rojo*, texto en el que se plasmaron las principales características del género policial de enigma, que Edgar Allan Poe había inaugurado unos años antes con el personaje de Auguste Dupin, y que Doyle perfeccionó con su excepcional héroe detective. Si bien en un primer momento la novela fue ignorada por la crítica, pronto comenzó a reunir gran cantidad de lectores entusiastas y permitió que su autor adquiriera gran renombre.



En 1891, ya convertido en un escritor reconocido, Doyle dejó de practicar la medicina para dedicarse principalmente a la escritura. Escribió cuatro novelas y más de cincuenta cuentos protagonizados por Sherlock Holmes, que le valieron una gran fama en Gran Bretaña y en todo el mundo. Entre las historias más conocidas del detective se pueden mencionar también *La señal de los cuatro* (1890), *El sabueso de los Baskerville* (1902) y *El valle del terror* (1915).

Su esposa Louisa, con quien tuvo dos hijos, enfermó de tuberculosis y murió en 1906. Un año después, Arthur contrajo matrimonio con Jean Elizabeth Leckie, con quien tendría tres hijos más a lo largo de los años.

Además de novelas policiales, Doyle escribió ensayos, ciencia ficción, novelas históricas, crónicas de guerra, cuentos de terror, poemas y obras de teatro. En 1902, el gobierno británico lo distinguió con el título honorífico de *Sir* (caballero).

Sin descuidar nunca su carrera literaria, fue también político, soldado y viajero; se interesó

por el espiritismo, la abogacía, la arquitectura, el deporte y, en fin, por casi todos los campos de la actividad humana. Mantuvo ese espíritu inquieto y vivaz hasta su muerte, ocurrida en 1930, cuando tenía 71 años.

La obra

Sir Arthur Conan Doyle no fue el creador del género policial: él mismo reconoció, en diversas oportunidades, haber sido influido por la obra de diversos autores, como Edgar Allan Poe (en especial en los cuentos “La carta robada” y “Los crímenes de la calle Morgue”) y el novelista francés Émile Gaboriau, con su personaje del inspector Lecoq. Doyle también recibió una gran influencia de uno de sus profesores universitarios, Joseph Bell, quien remarcaba constantemente la importancia de la observación minuciosa, la inferencia y la deducción lógica como herramientas para llegar a la verdad.



Sin embargo, aunque no haya sido el creador del género, sin dudas Arthur Conan Doyle fue quien lo hizo popular: el detective Sherlock Holmes y su amigo y ayudante, el doctor Watson, se convirtieron en personajes célebres y el público lector ansiaba leer las historias protagonizadas por ellos.

Influidas por el positivismo de la época, las historias de Sherlock Holmes, ubicadas con gran realismo y detalle en la ciudad de Londres de fines del siglo XIX, proponen que la humanidad, a través de la razón y de la aplicación de un método (el analítico-deductivo) puede alcanzar la verdad y resolver todos los problemas científicos y sociales.

Con este marco, las historias de Sherlock Holmes ayudaron también a definir y pulir las características del policial clásico de enigma:

- La historia se inicia con un crimen o problema del cual se desconocen los detalles (cuándo, cómo y por qué se cometió y, especialmente, quién fue su autor).
- Hay un detective que conduce la investigación y un asistente (en el caso de las historias



de Holmes, el doctor Watson) que relata los avances y la información que el detective va reuniendo.

- Se plantea una contraposición entre la flexibilidad y eficiencia del detective (por lo general, privado, es decir que trabaja por fuera de las instituciones policiales y de justicia) y la actuación de la policía, que suele mostrarse lenta, ineficiente o incapaz de descubrir al culpable.
- A lo largo de la obra, se van dando pistas que permiten reconstruir la solución del enigma; el lector se siente desafiado a encontrar, mediante esas pistas, al autor del crimen al mismo tiempo que lo descubre el detective (o incluso, antes que él).
- El enigma es resuelto y por lo general se atrapa al culpable.
- El detective explica (a su asistente, a la policía o a las personas implicadas en la trama) cómo logró resolver el caso.

El cuento largo *La Liga de los Pelirrojos* refleja con bastante exactitud esta estructura. Era uno de los cuentos preferidos de su autor,



que siempre lo mencionaba entre sus tres historias favoritas protagonizadas por Sherlock Holmes. En el cuento, que ocurre en calles y lugares reales de la ciudad de Londres de fines del siglo XIX, se le presenta a Sherlock Holmes un enigma en apariencia bastante ridículo y bizarro, que implica la existencia de una improbable sociedad cuya razón de ser es mejorar las vidas de las personas cuyo pelo es de color rojo. Pero tras esa apariencia curiosa del problema inicial, el astuto detective será capaz de descubrir la existencia de un potencial crimen, actuar para intentar evitarlo y, por supuesto, explicar —al doctor Watson y a nosotros, los lectores— cómo hizo para descubrir los detalles de esa trama oculta.

La Liga de los Pelirrojos nos permite conocer también algunos aspectos personales de Sherlock Holmes, como su pasión por la música, su costumbre de fumar, su necesidad de alternar períodos de ocio con otros de gran actividad y energía, y su terror al aburrimiento, a quien considera su principal enemigo en la vida.



La Liga de los Pelirrojos

Un día de otoño del año pasado fui a visitar a mi amigo Sherlock Holmes y lo encontré enfrascado en una conversación con un caballero de edad madura, muy robusto, de rostro encendido y pelo rojo como el fuego.

Tras pedir disculpas por mi intromisión, me disponía a retirarme cuando Holmes me hizo entrar de un tirón y cerró la puerta a mis espaldas.

—No podría haber llegado en mejor momento, mi querido Watson —dijo cordialmente.

—Me pareció que estaba ocupado.

—Lo estoy... y mucho.

—Entonces puedo esperar en la habitación de al lado.



—De ninguna manera. Este caballero, señor Wilson, ha sido mi compañero y colaborador en muchos de mis casos más exitosos y no me cabe la menor duda de que también será de invaluable ayuda en el suyo.

El corpulento caballero se levantó apenas de su silla y saludó con una inclinación de cabeza, acompañada por una rápida mirada curiosa en sus pequeños ojos rodeados de grasa.

—Siéntese en el sofá —me dijo Holmes, se dejó caer de nuevo en su sillón y juntó las puntas de los dedos, como era su costumbre cuando empezaba a reflexionar—. Sé, querido Watson, que comparte usted mi afición por todo lo que es extraño y se sale de las convenciones y la monótona rutina de la vida cotidiana. Dio muestras de su gusto por ello mediante el entusiasmo que lo impulsó a contar y, si me permite decirlo, embellecer en cierta forma tantas de mis pequeñas aventuras.

—Sus casos me han resultado de enorme interés —respondí.



—Recordará usted que el otro día, justo antes de que nos abocáramos a resolver el muy sencillo problema que nos había presentado la señorita Mary Sutherland, le comenté que si queremos resultados extraños y combinaciones extraordinarias, debemos buscarlos en la vida misma, que siempre supera con creces cualquier esfuerzo de la imaginación.

—Una idea que me tomé la libertad de poner en duda.

—Eso hizo, doctor, pero igualmente terminará por aceptar mi punto de vista, pues de lo contrario continuaré amontonando ante usted ejemplo sobre ejemplo, hasta que sus argumentos se derrumben bajo el peso de los hechos y deba reconocer que tengo razón. Pues bien, el señor Jabez Wilson, aquí presente, ha tenido la amabilidad de visitarme esta mañana y comenzó a contarme una historia que promete ser una de las más curiosas que he escuchado en mucho tiempo. Ya me ha oído usted comentar que las cosas más extrañas e insólitas muy a menudo se hallan conectadas no con los



grandes crímenes, sino con los más pequeños; y en ocasiones, por cierto, con casos en los que ni siquiera es claro que se haya cometido algún delito. Con lo que escuché hasta ahora, me resulta imposible afirmar si en este caso hay un crimen o no, pero ciertamente el desarrollo de los hechos está entre los más singulares de los que tuve noticia. Quizá, señor Wilson, tendría usted la amabilidad de recomenzar su relato. No se lo pido únicamente porque mi amigo el doctor Watson no escuchó la primera parte, sino también porque el peculiar carácter de la historia me vuelve ansioso por recibir de sus labios hasta el más mínimo detalle. Como regla general, apenas escucho la más ligera indicación sobre los acontecimientos, soy capaz de guiarme entre los miles de casos similares que acuden a mi memoria. Pero en esta ocasión, me veo obligado a admitir que los hechos son, hasta donde alcanza mi entendimiento, incomparables.

El corpulento cliente hinchó el pecho con lo que parecía ser una especie de orgullo y sacó



del bolsillo interior de su abrigo un periódico sucio y arrugado. Mientras él recorría con la vista la columna de los anuncios, con la cabeza inclinada hacia adelante y el papel alisado sobre su rodilla, observé al hombre con atención, esforzándome por interpretar, a la manera de mi compañero, los indicios que pudieran ofrecer sus ropas o su apariencia.

Sin embargo, no obtuve gran cosa de mi inspección. Nuestro visitante era, a todas luces, un típico comerciante británico promedio, obeso, pomposo y lento. Vestía pantalones grises a cuadros, un poco abolsados; una levita negra no demasiado limpia, desabrochada por delante; y un chaleco grisáceo con una cadena de reloj de la que colgaba, como adorno, una pieza de metal con un agujero cuadrado. A su lado, en una silla, descansaban un raído sombrero de copa y un descolorido sobretodo marrón, con el cuello de terciopelo arrugado. En conjunto, y por mucho que lo mirara, no había nada destacable en aquel hombre, excepto su cabellera de un rojo brillante y la



expresión de extremo disgusto y malestar en sus facciones.

Los atentos ojos de Sherlock Holmes notaron mis esfuerzos, y él asintió con la cabeza, con una sonrisa, al advertir mis miradas inquietivas.

—Más allá de los hechos evidentes de que por algún tiempo realizó trabajos manuales, que aspira rapé,¹ que es masón,² que ha estado en China y que últimamente ha escrito mucho, no puedo deducir nada más —dijo.

El señor Jabez Wilson dio un salto en su silla, con el dedo índice aún sobre el papel, pero con los ojos fijos en mi compañero.

—¡Pero por todos los cielos! ¿Cómo supo usted todo eso, señor Holmes? —preguntó—. ¿Cómo averiguó, por ejemplo, que trabajé con las manos? Es tan cierto como el Evangelio,

¹ El rapé es tabaco en polvo, aromatizado, que se aspira. Su consumo estuvo muy de moda en Europa a partir del siglo XVIII.

² La masonería, o francmasonería, es una logia u organización secreta de personas, con una estricta jerarquía entre sus miembros, que se llaman mutuamente *hermanos* y que comparten ciertas ideas, objetivos o proyectos. Uno de los emblemas de la masonería es un compás abierto sobre una escuadra, herramientas de arquitectura a las que se atribuyen significados simbólicos y espirituales.



pues mi primer trabajo fue de carpintero de barcos.

—Por sus manos, señor mío. Su mano derecha es bastante más grande que la izquierda. Trabajó usted con ella, y por eso los músculos están más desarrollados.

—Bien. Pero, ¿y el rapé? ¿Y la masonería?

—No pienso ofender su inteligencia explicándole cómo leí eso, en tanto que, contravieniendo las estrictas normas de secreto de su orden, lleva usted un adorno que representa un compás y una escuadra.

—¡Ah, por supuesto! Lo había olvidado. Pero... ¿y lo de la escritura?

—¿Qué otra cosa podría significar que el puño de su manga derecha tenga cinco pulgadas lustrosas de tanto frotar, mientras que la manga izquierda está desgastada cerca del codo, donde uno se apoya en el escritorio?

—Bueno... ¿Y lo de China?

—El pez que lleva usted tatuado justo arriba de la muñeca derecha únicamente pudo haber sido realizado en China. He llevado a cabo una



pequeña investigación sobre los tatuajes, e incluso aporté a la literatura sobre el tema. Ese truco de manchar las escamas con un delicado tono rosa es exclusivo de los tatuajes chinos. Y cuando además veo una moneda china colgando de la cadena de su reloj, la cuestión resulta todavía más sencilla.

El señor Jabez Wilson se echó a reír con fuerza.

—¡Qué bárbaro! —dijo—. Al principio pensé que había demostrado usted una gran astucia, pero ahora veo que no hizo nada del otro mundo, después de todo.

—Empiezo a pensar, Watson —dijo Holmes—, que me equivoco al dar explicaciones. *Omne ignotum pro magnifico*,³ como usted sabe, y mi reputación, pobre y pequeña como es, se derrumbará, si soy tan ingenuo. ¿No encuentra el anuncio, señor Wilson?

—Sí, ya lo tengo —respondió él, con su grueso y colorado dedo plantado a mitad de

³ “Todo lo desconocido es considerado magnífico”, en latín.



la columna—. Aquí está. Esto es lo que inició todo. Léalo usted mismo, señor.

Tomé el periódico de sus manos y leí:

A LA LIGA DE LOS PELIRROJOS

A cuenta de la herencia del difunto Ezekiah Hopkins, de Lebanon, Pensilvania, Estados Unidos, se abrió otra vacante que da derecho a un miembro de la Liga a percibir un salario de cuatro libras⁴ a la semana, por servicios puramente nominales. Pueden optar al puesto todos los varones pelirrojos, sanos de cuerpo y de mente y mayores de veintiún años. Presentarse en persona el lunes, a las once en punto, a Duncan Ross, en las oficinas de la Liga, número 7 de Pope's Court, en la calle Fleet.⁵

—¿Qué diantres significa esto? —exclamé después de haber leído dos veces el insólito anuncio.

⁴ La libra es la unidad monetaria de Gran Bretaña.

⁵ El edificio de la Corte Papal, en la calle Flota: una locación en la ciudad de Londres.



Holmes soltó una risita y se retorció en su asiento, como era su costumbre cuando estaba de buen humor.

—Se sale un poco de los senderos conocidos, ¿no es cierto? —dijo—. Y ahora, señor Wilson, empiece por el principio y cuéntenos todo acerca de usted, de su familia y del efecto que este anuncio tuvo sobre sus destinos. Pero primero, doctor, tome nota del periódico y de la fecha.

—Es el *Morning Chronicle* del 14 de agosto⁶ de 1890. Dos meses atrás.

—Muy bien. Adelante, señor Wilson.

—Bueno, como le venía contando, señor Holmes —dijo Jabez Wilson mientras se secaba la frente—, soy dueño de una pequeña casa de préstamos en Coburg Square, cerca del centro. No es un negocio grande y en los últimos años me deja apenas lo suficiente para vivir. Antes tenía dos empleados, pero ahora

⁶ La edición original dice “27 de abril”, pero claramente es una errata, pues la cronología del texto establece con exactitud que el periódico es de justo ocho semanas antes del 9 de octubre, el día otoñal en que transcurre esta escena.



solo mantengo uno; y me sería difícil pagarle, si no fuera porque está dispuesto a trabajar por la mitad del sueldo, mientras aprende el oficio.

—¿Cuál es el nombre de ese joven tan amable? —preguntó Sherlock Holmes.

—Se llama Vincent Spaulding y no es tan joven, la verdad. Resulta difícil calcular su edad. No podría pedir un ayudante más listo, señor Holmes, y estoy seguro de que él podría conseguir un mejor trabajo y ganar el doble de lo que yo le pago. Pero, después de todo, si él está satisfecho, ¿por qué debería yo meterle ideas en la cabeza?

—Claro, ¿por qué haría eso? Parece haber tenido mucha suerte al encontrar un empleado que se conforma con menos que los precios del mercado. No es algo que le ocurra muy seguido a los empleadores en esta época. Entre su empleado y su anuncio, no sé cuál es más notable.

—Bueno, también tiene sus defectos —dijo el señor Wilson—. Jamás vi a nadie a quien le guste tanto la fotografía. Siempre anda merodeando



con la cámara, cuando debería estar cultivando la mente, y luego se zambulle en el sótano como un conejo en su madriguera, para revelar las fotografías. Ese es su principal defecto; pero en general, es un buen trabajador. No tiene vicios.

—Vive con usted, supongo.

—Sí, señor. Él y una chica de catorce años, que cocina un poco y mantiene el lugar limpio... Nadie más vive en la casa, ya que soy viudo y nunca tuve hijos. Los tres llevamos una vida muy simple, señor: tenemos un techo sobre nuestras cabezas y pagamos nuestras cuentas, y poco más que eso.

“El anuncio fue lo primero que nos descolocó. Hace justo ocho semanas, Spaulding bajó a la oficina con este mismo periódico en la mano y dijo:

”—¡Señor Wilson! ¡Cómo desearía ser pelirrojo!

”—¿Y eso por qué? —pregunté yo.

”—Pues porque hay otra vacante en la Liga de los Pelirrojos —replicó—. Es una pequeña



fortuna para quien sea que la cubra y tengo entendido que hay más vacantes que personas que puedan ocuparlas, así que los administradores ya no saben qué hacer con el dinero. Si tan solo mi pelo cambiara de color, ese puesto me vendría como anillo al dedo.

—Pero ¿de qué se trata, qué es eso? —pregunté.

—Verá usted, señor Holmes, es que salgo poco de mi casa, y como mi negocio viene a mí en lugar de tener que ir yo a buscarlo, a menudo pasan semanas sin que mis pies viajen más allá del felpudo de la puerta. Por eso no estoy muy informado sobre lo que ocurre afuera y siempre me viene bien escuchar algunas noticias.

—¿Nunca oyó hablar de la Liga de los Pelirrojos? —preguntó Spaulding con los ojos muy abiertos.

—Nunca.

—Me sorprende muchísimo, ya que usted podría optar por uno de los puestos vacantes.

—¿Y qué obtendría? —le pregunté.

—Oh, no más que un par de cientos al año, pero el trabajo es mínimo y apenas interfiere con las demás ocupaciones que uno tenga.

—Bueno, podrá imaginar que eso me hizo parar las orejas, pues el negocio no marchaba maravillosamente los últimos años, y unos centenares de libras extras me vendrían más que bien.

—Cuénteme todo lo que sepa —le dije.

—Pues bien —dijo, enseñándome el anuncio—, ya ve que existe una vacante en la Liga, y aquí está la dirección en la que deben presentarse los aspirantes. Por lo que pude averiguar, la Liga fue fundada por un millonario estadounidense, Ezekiah Hopkins, un tipo raro, bastante excéntrico. Él era pelirrojo y sentía una gran simpatía por todos los pelirrojos, de manera que cuando murió se supo que había dejado toda su enorme fortuna en manos de unos administradores, con instrucciones de que invirtieran los intereses en proporcionar empleos cómodos a personas cuyo cabello fuera de ese color. Según lo que escuché, la paga es espléndida y no hay que hacer casi nada.



—Pero seguramente habrá millones de pelirrojos que se postulen para el puesto —dije yo.

—No tantos como uno podría pensar —respondió—. Verá, la oferta está limitada a los londinenses varones mayores de edad. Aquel estadounidense había vivido en Londres, de joven, y quería hacer algo en favor de su vieja ciudad. Y además, oí que es inútil presentarse si uno tiene el pelo rojo claro o rojo muy oscuro, o de cualquier otro tono que no sea un rojo intenso y brillante. Pero si usted se presentara, señor Wilson, lo tomarían de inmediato; aunque quizá no valga la pena que se tome tantas molestias por unos pocos cientos de libras.

”Ahora bien, caballeros; es un hecho, como pueden ver, que mi pelo es de un tono muy pleno e intenso, así que me pareció que, por mucha competencia que hubiera, en esta cuestión no había nadie que tuviera mejores posibilidades que yo. Vincent Spaulding parecía estar tan informado del asunto que pensé que podría resultarme útil, de modo que le dije que



cerrara todo en ese mismo instante y me acompañara. Él se mostró encantado por el asueto, así que cerramos el negocio y partimos hacia la dirección que daba el anuncio.

”No creo que vuelva a ver en mi vida un espectáculo parecido, señor Holmes. Del norte, del sur, del este y del oeste, cada persona cuyo cabello tuviera una pizca de color rojo se había plantado en el centro de la ciudad en respuesta al anuncio. La calle Fleet estaba repleta de pelirrojos y el edificio de Pope’s Court parecía el carro de un vendedor de naranjas. Nunca pensé que hubiera en todo el país tantos pelirrojos como los que habían sido reunidos por aquel simple anuncio. Tenían todos los matices de rojo posibles: pajizo, alimonado, anaranjado, ladrillo, *setter* irlandés, hígado, arcilla... Pero, tal como había dicho Spaulding, no había muchos que presentaran un tono puro de rojo fuego. Cuando vi que eran tantos los que se arremolinaban allí, me desanimé y estuve a punto de arrepentirme; pero Spaulding no me dejó abandonar. No sé ni cómo hizo, pero empujó y tiró y arremetió



hasta que me hizo atravesar la multitud y subimos la escalera que llevaba hasta la oficina. En la escalera había una doble hilera de personas: unos subían esperanzados, y otros bajaban rechazados; pero también nos las arreglamos allí para abrirnos paso, y pronto nos encontramos dentro de la oficina”.

—Su experiencia ha sido de lo más entretenida —comentó Holmes, mientras su cliente hacía una pausa y refrescaba su memoria con una buena pizca de rapé—. Le ruego que continúe con su interesantísima exposición.

“—En la oficina no había nada excepto un par de sillas de madera y una pequeña mesa, tras la cual se sentaba un hombre de corta estatura, con una cabellera aún más roja que la mía. Intercambiaba un par de palabras con cada candidato que se presentaba y luego siempre encontraba en ellos algún defecto que los descalificaba. Conseguir el puesto no parecía una tarea tan sencilla después de todo. Sin embargo, cuando nos llegó el turno, el hombrecito se mostró más favorable a mí que



a ningún otro, y cerró la puerta apenas entramos, para poder hablarnos en privado.

—Este es el señor Jabez Wilson —dijo mi empleado—, desea cubrir la vacante en la Liga.

—Y está admirablemente dotado para ello —respondió el otro—. Cumple todos los requisitos. No recuerdo haber visto nada tan perfecto.

—Retrocedió un paso, inclinó la cabeza a un costado y clavó la mirada en mi pelo hasta que empecé a sentir vergüenza. Entonces, de repente, se abalanzó hacia mí, me estrechó la mano y me felicitó calurosamente por mi éxito.

—Sería una injusticia tener dudas —declaró—. Sin embargo, estoy seguro de que me perdonará por tomar una precaución obvia.

—Mientras decía eso, me agarró del pelo con las dos manos y tiró de él hasta hacerme gritar de dolor.

—Veo lágrimas en sus ojos —dijo cuando me soltó—. Entonces, todo está como es debido. Es que debemos ser muy cuidadosos, pues ya nos han engañado dos veces con pelucas y



una, con tintura. Podría contarle historias sobre betún de zapatos que lo harían sentirse asqueado de la naturaleza humana.

”Se acercó a la ventana y gritó desde ella, a toda voz, que el puesto había sido cubierto. Un gruñido desilusionado nos llegó desde abajo, y toda la gente se desparramó en distintas direcciones hasta que no quedó una sola cabeza roja a la vista, salvo la mía y la del gerente.

”—Mi nombre es Duncan Ross —dijo— y yo mismo soy uno de los beneficiados por el fondo legado por nuestro noble benefactor. ¿Está usted casado, señor Wilson? ¿Tiene usted familia?

”Le respondí que no.

”Al instante se le formó una mueca en la cara.

”—¡Oh, no! —exclamó muy serio—. ¡Esto es muy grave, por cierto! Lamento oírlo decir eso. El legado fue instituido, por supuesto, para favorecer la propagación y expansión de los pelirrojos, y no solo su mantenimiento. Es extremadamente desafortunado que esté usted soltero.



”Al escuchar eso puse una cara muy larga, señor Holmes, pues pensé que no obtendría la vacante después de todo; pero después de pensarlo durante unos minutos, él dijo que todo estaría bien.

”—De tratarse de otro —dijo—, la objeción habría sido fatal, pero creo que debemos ser un poco flexibles a favor de un hombre con una cabellera como la suya. ¿Cuándo podrá hacerse cargo de sus nuevas tareas?

”—Bueno, hay un pequeño inconveniente, pues yo ya tengo un negocio propio —dije.

”—¡Oh, eso no tiene importancia, señor Wilson! —intervino Vincent Spaulding—. Yo puedo ocuparme del negocio por usted.

”—¿Cuál sería el horario? —pregunté.

”—De diez de la mañana a dos de la tarde.

”Ahora bien, el negocio del prestamista se hace principalmente al caer la tarde, señor Holmes, en especial al anochecer del jueves y del viernes, es decir, justo antes del día de paga; así que me venía perfecto ganar algo de dinero por las mañanas. Además, sabía que mi



empleado era un buen hombre y que podría manejar por su cuenta cualquier cosa que sucediera.

—Me parece muy bien —acepté—. ¿Y la paga?

—Cuatro libras a la semana.

—¿Y el trabajo?

—Es puramente nominal.

—¿A qué llama usted *puramente nominal*?

—Bueno, tiene que permanecer en la oficina, o al menos en el edificio, todo el tiempo. Si se fuera, estaría abandonando el puesto para siempre. El testamento es muy claro en este punto: usted no estaría cumpliendo con las condiciones, si se ausentara de la oficina durante su horario.

—Son apenas cuatro horas al día, no pensaría en ausentarme —aclaré.

—No se aceptará ninguna excusa —insistió Duncan Ross—. Ni enfermedad, ni negocios, ni ocios, ni nada. Tiene que quedarse aquí o pierde su lugar.

—¿Y cuál es el trabajo?



—Consiste en copiar a mano la *Enciclopedia Británica*.⁷ El primer tomo está ahí, en aquel estante. Deberá usted proveerse de tinta, de plumas de escribir y de papel secante; nosotros proporcionamos esta mesa y esta silla. ¿Estará listo para comenzar mañana?

—Desde luego —le respondí.

—Entonces, hasta luego, señor Jabez Wilson, y permítame felicitarlo una vez más por el importante puesto que ha tenido la suerte de ganar.

Se despidió de mí con una reverencia, y yo volví a casa con mi asistente sin saber bien qué decir ni qué hacer, de tan contento que me sentía por mi buena suerte.

Y bien, estuve pensando todo ese día en la cuestión y al llegar la noche de nuevo había perdido todo el entusiasmo, pues me había persuadido de que todo aquel asunto tenía que ser una gigantesca estafa o un fraude, aunque

⁷ La *Enciclopedia Británica* fue, durante más de doscientos años, una de las principales obras informativas del mundo. Reunía artículos escritos por más de 4.000 colaboradores y ocupaba, a fines del siglo XIX, unos 25 gruesos volúmenes. Actualmente sigue existiendo, pero ya no impresa en papel, sino en soporte digital, y es mucho menos consultada que otras enciclopedias *online*.



no podía imaginar cuál podría ser su objetivo. Parecía absolutamente increíble que alguien dejara un testamento semejante y que se pagara tal suma de dinero por hacer algo tan simple como copiar la *Enciclopedia Británica*. Vincent Spaulding hizo todo lo posible por animarme, pero a la hora de acostarme yo ya había decidido desentenderme del tema. Sin embargo, a la mañana siguiente decidí darle una oportunidad al asunto de todas formas, así que compré una botellita de tinta de un penique, y con una pluma y siete pliegos de papel, me dirigí a Pope's Court.

”Para mi sorpresa y satisfacción, todo salió a pedir de boca. La mesa ya había sido preparada para mí y el señor Duncan Ross estaba allí para comprobar que me abocara al trabajo sin problemas. Me dijo que empezara por la letra A y me dejó solo; pero reaparecía de vez en cuando para comprobar que todo marchara bien. A las dos en punto me deseó buenas tardes, me felicitó por lo mucho que había escrito y cerró la puerta de la oficina cuando salí.



”Todo siguió igual un día tras otro, señor Holmes, y el sábado se presentó el gerente y me pagó cuatro soberanos por mi trabajo de la semana. Lo mismo ocurrió la semana siguiente y lo mismo una semana después. Cada mañana, yo llegaba a las diez y cada tarde me marchaba a las dos. Poco a poco, las visitas de Duncan Ross se fueron limitando a una sola cada mañana y, tiempo después, dejó de aparecer. Aun así, por supuesto, yo nunca me atrevía a salir de la habitación ni por un instante, pues no estaba seguro de cuándo podría venir, y el trabajo era tan bueno y me venía tan bien que no quería arriesgarme a perderlo.

”De este modo pasaron ocho semanas, y ya había escrito sobre abades y armaduras y arquería y arquitectura y Asia, y esperaba muy pronto llegar a la B, si me aplicaba. Llevaba gastada una buena suma en papel, y ya casi había llenado un estante con mis escritos. Y entonces, de pronto, todo terminó”.

—¿Terminó?



—Sí, señor. Y fue esta misma mañana. Llegué a mi trabajo como de costumbre a las diez en punto, pero la puerta estaba cerrada con llave y un pequeño rectángulo de cartulina había sido clavado en la madera con una chinche. Aquí está, puede leer usted mismo.

Extendió un trozo de cartulina blanca, aproximadamente del tamaño de una página de cuaderno. En ella se leía esto:

*La Liga de los Pelirrojos
ha sido disuelta
9 de octubre de 1890*

Sherlock Holmes y yo examinamos aquel breve anuncio y la cara triste que asomaba detrás, hasta que el aspecto cómico de la cuestión dominó tan completamente las demás consideraciones que ambos nos echamos a reír a carcajadas.

—No sé qué les causa tanta gracia —exclamó nuestro cliente, sonrojándose hasta las raíces de su llameante cabello—. Si no pueden



hacer nada mejor que reírse de mí, puedo ir a otro lado.

—¡No, no! —exclamó Holmes, empujándolo de nuevo hacia la silla de la que se había levantado—. No me perdería su caso por nada del mundo. Es refrescantemente inusual. Pero hay aquí, si me perdona que lo diga, algo que resulta un poco gracioso. Por favor, dígame: ¿qué pasos dio usted después de encontrar la tarjeta en la puerta?

—Me quedé anonadado, señor. No sabía qué hacer. Entonces golpeé las puertas de las oficinas de alrededor, pero en ninguna parecían saber nada del asunto. Por último, me dirigí al administrador, un contador que vive en la planta baja, y le pregunté si sabía qué había ocurrido con la Liga de los Pelirrojos. Me contestó que jamás había oído hablar de semejante cosa. Entonces le pregunté por el señor Duncan Ross. Respondió que nunca antes había escuchado ese nombre.

“—Bueno —dije yo—, me refiero al caballero de la oficina 4.

”—Ah, ¿el pelirrojo?



—Sí.

—¡Oh! —dijo—. Se llama William Morris. Es abogado y estaba utilizando el local como despacho temporario, hasta que estuvieran listas sus nuevas oficinas. Se mudó ayer.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Pues en sus nuevas oficinas. Me dio la dirección... Sí, ya recuerdo: calle King Edward número 17, cerca de la iglesia de San Pablo”.

Fui hasta allí, señor Holmes, pero cuando llegué a esa dirección me encontré con que había una fábrica de rótulas ortopédicas y nadie en el lugar había escuchado nunca los nombres William Morris ni Duncan Ross.

—¿Y qué hizo luego? —preguntó Holmes.

—Volví a mi casa en Coburg Square y le pedí consejo a mi asistente. Pero no pudo ayudarme. Lo único que me dijo es que, si esperaba, quizá recibiera noticias por correo. Pero eso no me alcanzaba, señor Holmes. Yo no quería perder un empleo tan bueno sin dar batalla, y como había oído que usted tenía la amabilidad de aconsejar a la pobre



gente que necesitaba ayuda, vine directamente a verlo.

—Y tomó usted una sabia decisión —dijo Holmes—. Su caso es extremadamente notable y me encantará darle un vistazo. Por lo que me ha contado, creo que es posible que estén en juego asuntos más graves de lo que pudiera parecer a simple vista.

—¡Claro que es grave! —dijo el señor Jabez Wilson—. ¡Perdí cuatro libras a la semana!

—En lo que le afecta personalmente —recalcó Holmes—, no veo que tenga motivos de queja contra esta extraordinaria liga. Por el contrario, usted es ahora, a mi parecer, unas treinta libras más rico, sin mencionar los detallados conocimientos que adquirió sobre cada uno de los temas que empiezan con la letra A. No le hicieron perder nada.

—Es cierto. Pero quiero averiguar algo sobre ellos, saber quiénes son y qué se proponían al hacerme esta broma... si fue una broma. Un chiste que les salió bastante caro, pues les costó treinta y dos libras.



—Nos esforczaremos por aclarar esos puntos para usted. Pero antes, una o dos preguntas, señor Wilson. Ese empleado suyo, que fue quien primero le mostró el anuncio... ¿cuánto tiempo llevaba trabajando con usted?

—En ese momento llevaba cerca de un mes.

—¿Cómo llegó al puesto?

—En respuesta a un anuncio.

—¿Fue el único aspirante?

—No, recibí una docena.

—¿Y por qué lo eligió a él?

—Porque parecía hábil y se ofrecía barato.

—A la mitad del salario, de hecho.

—Así es.

—¿Cómo es este Vincent Spaulding?

—Bajo, ancho de espaldas, rápido en sus movimientos, sin barba ni bigote, aunque no tendrá menos de treinta años. Tiene una mancha blanca de ácido en la frente.

Holmes se incorporó en su asiento con gran ansiedad.

—Me lo había figurado —dijo—. ¿Acaso se fijó si tiene las orejas perforadas para llevar aros?



—Sí, señor. Me dijo que se las había agujereado una gitana cuando era jovencito.

—¡Ajá! —exclamó Holmes y se sumió en una profunda reflexión—. ¿Sigues aún trabajando con usted?

—¡Oh, sí, señor! Acabo de dejarlo.

—¿Y su negocio estuvo bien atendido durante el tiempo en que usted estuvo ausente?

—Nada de qué quejarse, señor. Nunca hay demasiado para hacer, por las mañanas.

—Con eso es suficiente, señor Wilson. Tendré el gusto de darle una opinión sobre el tema dentro de uno o dos días. Hoy es sábado... y espero que para el lunes hayamos llegado a una conclusión.

Cuando nuestro visitante se marchó, Holmes me dijo:

—Y bien, Watson, ¿qué conclusión saca usted de todo esto?

—No saco nada —respondí con franqueza—. Es un asunto de lo más misterioso.

—Como regla general —replicó Holmes—, cuanto más extraña parece una cosa, menos misteriosa resulta ser. Son los delitos comunes y



corrientes, sin nada destacable, los que son verdaderamente desconcertantes, del mismo modo que un rostro común y corriente resulta más difícil de identificar. Tengo que abocarme ya mismo a este caso.

—¿Qué va usted a hacer? —pregunté.

—Voy a fumar —respondió—. Es un problema de al menos tres pipas, así que le ruego que no me hable durante cincuenta minutos.

Se enroscó en su silla, con las flacas rodillas levantadas casi hasta la nariz aguileña, y allí se quedó sentado, con los ojos cerrados y su pipa de arcilla negra sobresaliendo como el pico de un pájaro raro. Yo había llegado ya a la conclusión de que se había quedado dormido, y de hecho yo mismo empezaba a dar cabezadas de sueño, cuando de pronto saltó de su asiento con la expresión de quien acaba de decidir algo importante, y dejó la pipa sobre la repisa de la chimenea.

—Esta tarde toca Sarasate⁸ en el salón Saint James⁹ —comentó—. ¿Qué le parece, Watson?

⁸ Pablo de Sarasate (1844-1908) fue un famoso violinista español que dio conciertos en muchas ciudades de Europa, incluida Londres.

⁹ El Saint James Hall es un salón de conciertos ubicado cerca del centro de Londres.



¿Podrán sus pacientes prescindir de usted por unas horas?

—No tengo nada que hacer hoy. Mi trabajo nunca es muy absorbente.

—Entonces, póngase el sombrero y venga. Antes tengo que pasar por el centro... y podemos comer algo por el camino. Vi que hay en el programa mucha música alemana, que resulta más de mi gusto que la italiana o la francesa. Es reflexiva, y yo quiero reflexionar. ¡En marcha!

Viajamos en el subterráneo¹⁰ hasta Aldersgate y una corta caminata nos llevó a Coburg Square, el escenario de la curiosa historia que habíamos escuchado por la mañana. Era un vecindario pobretón, simple pero a la vez digno, con cuatro hileras de deslucidas casas de ladrillo de dos pisos que rodeaban un patio vallado, donde un manto de yuyos y unas pocas plantas mustias de laurel le presentaban fiera batalla a un ambiente poco amigable y cargado de

¹⁰ Londres fue la primera ciudad en el mundo en tener trenes subterráneos. La primera línea de metro londinense comenzó a funcionar en 1863.



humo. Tres esferas doradas y un cartel marrón que decía JABEZ WILSON escrito en letras blancas en una de las casas de la esquina anunciaban el local donde nuestro cliente pelirrojo llevaba adelante su negocio. Sherlock Holmes se detuvo frente a la casa con la cabeza inclinada hacia un costado, y la examinó detenidamente; sus ojos asomaban brillantes bajo los párpados fruncidos. Entonces, caminó lentamente por la calle y luego regresó de nuevo hacia la esquina, sin dejar de observar las casas con atención. Por último, llegó otra vez a la casa del prestamista y, tras golpear vigorosamente dos o tres veces sobre el pavimento de la calle con su bastón, se acercó a la puerta y llamó. Al instante abrió un joven de aspecto inteligente y bien afeitado, quien lo invitó a pasar.

—Gracias —dijo Holmes—. Pero solo quería preguntar cómo se llega desde aquí a la avenida Strand.

—Camine tres calles a la derecha y cuatro a la izquierda —respondió sin demora el empleado y cerró la puerta.



—Un tipo muy listo —comentó Holmes mientras nos alejábamos—. En mi opinión, él es el cuarto hombre más inteligente de Londres; y en cuanto a audacia, no sé si no podría aspirar a ser el tercero. Ya he escuchado cosas sobre él antes.

—Evidentemente —dije yo—, el asistente del señor Wilson tiene un importante papel en este misterio de la Liga de los Pelirrojos. Estoy seguro de que usted hizo aquella pregunta solamente para poder verlo a él.

—No a él.

—Entonces, ¿qué?

—Quería ver las rodilleras de sus pantalones.

—¿Y qué es lo que vio?

—Lo que esperaba ver.

—¿Por qué golpeó el pavimento?

—Mi querido doctor, este es un buen momento para observar, no para hablar. Somos espías en territorio enemigo. Ya sabemos algo de Coburg Square. Exploremos ahora qué se esconde detrás.

Cuando dimos vuelta la esquina de la alameda Coburg Square, llegamos a una calle que



presentaba un gran contraste con aquella, tanto como el anverso de una pintura se diferencia del reverso. Era una de las arterias principales por las cuales el tránsito del centro se deriva hacia el norte y hacia el oeste. La calle estaba bloqueada por la inmensa corriente de tránsito que fluía en una doble marea por el carril interior y por el exterior, y las veredas se veían atiborradas por el apurado enjambre de los peatones. Al observar la sucesión de comercios elegantes y de oficinas majestuosas, era difícil de creer que por el otro lado estuvieran pegados a la inactiva y marchita plaza que acabábamos de dejar atrás.

—A ver —dijo Holmes, parándose en la esquina y mirando la hilera de edificios—. Debería poder recordar el orden de las casas de aquí. Una de mis aficiones es conocer Londres hasta los más mínimos detalles. Está la tienda de tabacos Mortimer, el puesto de periódicos, la sucursal Coburg del City Bank, el restaurante vegetariano y las cocheras McFarlane. Y así llegamos a la siguiente cuadra. Ahora, doctor, ya



terminamos nuestro trabajo, así que es hora de divertirnos un poco. Un sándwich y una taza de café, y luego directo al país de los violines, donde todo es dulzura y delicadeza y armonía, y donde no hay clientes pelirrojos que nos fastidien con sus rompecabezas.

Mi amigo era un músico entusiasta, pues además de un intérprete muy hábil, también demostró ser un compositor de indudable mérito. Durante toda la velada se quedó sentado en su butaca, envuelto en la más perfecta felicidad, mientras movía sus largos y delgados dedos al compás de la música; era casi imposible de concebir que esa sonrisa apacible y esos ojos lánguidos y soñadores fueran los mismos de Holmes, el sabueso; Holmes, el implacable, el astuto, el infalible captor de criminales. En este singular personaje, esa naturaleza dual se manifestaba alternativamente, y muchas veces pensé que su extrema exactitud y su astucia representaban una reacción contra la sensibilidad poética y contemplativa que ocasionalmente lo dominaba. La oscilación de



su carácter lo llevaba de una languidez extrema a una energía devoradora y, como yo sabía bien, él nunca se mostraba tan formidable como después de pasar días enteros desparrado en su sillón, entre sus improvisaciones musicales y sus libros antiguos. Era entonces cuando lo poseía el ansia de la cacería, y su brillante poder de deducción se elevaba al nivel de la intuición, hasta que aquellos que no estaban familiarizados con sus métodos lo miraban asombrados, como se mira a un hombre cuyo saber va más allá que el del resto de los mortales. Cuando lo vi aquella tarde en el salón Saint James, tan absorto en la música, sentí que estaba por desatarse una terrible tormenta sobre aquellos a quienes él se había propuesto cazar.

—Sin duda usted querrá ir a su casa, doctor —comentó en cuanto salimos.

—Sí, ya es hora de volver.

—Y yo tengo que hacer algo que me llevará algunas horas. Este asunto de Coburg Square es muy grave.



—¿Por qué es grave?

—Se está preparando un delito importante. Tengo motivos para creer que llegaremos a tiempo de impedirlo, pero que hoy sea sábado complica las cosas. Tal vez necesite de su ayuda esta noche.

—¿A qué hora?

—A las diez estará bien.

—Estaré en la calle Baker a las diez.

—Muy bien. Y le aviso, doctor, que puede haber algo de peligro, así que tenga la amabilidad de ponerse en el bolsillo su revólver del Ejército.

Me saludó con un gesto de la mano, dio media vuelta y en un instante desapareció entre la gente.

Confío en que no soy más tonto que cualquiera de mis vecinos, pero en mi trato con Sherlock Holmes siempre me sentía agobiado por la percepción de mi propia estupidez. Aquí había oído lo mismo que él había oído, había visto lo mismo que él había visto, y sin embargo, a juzgar por sus palabras, era evidente



que él sabía con claridad no solo lo que había ocurrido, sino también lo que estaba por ocurrir, mientras que para mí todo el asunto seguía siendo confuso y grotesco. Camino a mi casa en Kensington, lo repasé todo en mi mente: desde la extraordinaria historia del pelirrojo copiador de la enciclopedia hasta la visita a Coburg Square y las inquietantes palabras con las que Holmes se había despedido de mí. ¿Qué era aquella expedición nocturna, y por qué yo tenía que ir armado? ¿Adónde íbamos y qué íbamos a hacer? Holmes me había dado la pista de que aquel imberbe empleado del prestamista era un hombre formidable... un hombre implicado en un juego importante. Traté de descifrarlo, pero terminé rindiéndome, decepcionado, y decidí dejar de pensar en la cuestión hasta que la noche aportara alguna explicación.

A las nueve y cuarto salí de casa, crucé el parque y recorrí la calle Oxford hasta llegar a la Baker. Dos carruajes esperaban en la puerta y al entrar en el vestíbulo escuché voces arriba.



Al entrar en su habitación, encontré a Holmes en animada conversación con dos hombres, uno de los cuales identifiqué como Peter Jones, agente de policía, mientras que el otro era un hombre alto, delgado, de cara triste, con un sombrero muy lustroso y un abrigo abrumadoramente respetable.

—¡Ajá! Nuestro equipo está completo —dijo Holmes, mientras se abotonaba su chaqueta y tomaba del perchero su pesada fusta—. Watson, creo que ya conoce al señor Jones, de Scotland Yard.¹¹ Permítame que le presente al señor Merryweather, quien será nuestro acompañante en la aventura de esta noche.

—Ya ve, doctor, otra vez vamos a cazar en parejas —dijo Jones con su habitual tono serio—. Nuestro amigo aquí presente es maravilloso, para organizar cacerías. Solamente necesita un perro viejo que lo ayude a encerrar a la presa.

¹¹ Scotland Yard es el nombre coloquial con que se conoce a la policía metropolitana de Londres. Ese nombre se originó en que las oficinas de ese cuerpo policial, ubicadas en Whitehall Place número 4, tenían una puerta trasera que daba a la calle Great Scotland Yard.



—Espero que al final no resulte que hemos cazado un ganso salvaje¹² —comentó el señor Merryweather sombríamente.

—Puede depositar una considerable confianza en el señor Holmes, caballero —dijo el policía con orgullo—. Tiene sus métodos un poco especiales, que son, si me permite decirlo, un poquito demasiado teóricos y fantasiosos; pero tiene madera de detective. No exagero si digo que en una o dos ocasiones, como en aquel caso del crimen de Sholto y en el del tesoro de Agra, se acercó más a la verdad que las fuerzas policiales.

—Oh, si usted lo dice, señor Jones, estoy de acuerdo —aceptó el desconocido—. Igualmente, confieso que extraño mi partida de naipes. Es el primer sábado en veintisiete años que faltó a mi partida.

—Creo que comprobará —dijo Sherlock Holmes— que esta noche jugará con las apuestas más altas de su vida y que el juego será más apasionante. Para usted, señor Merryweather,

¹² Cazar un ganso salvaje (“*a wild goose chase*”, en inglés) es una frase utilizada para referirse a una búsqueda inútil.



la apuesta será de unas treinta mil libras; y para usted, Jones, será el hombre al que tanto desea atrapar.

—John Clay, el asesino, ladrón, estafador y falsificador. Clay es un muchacho joven, señor Merryweather, pero ya está en la cumbre de su profesión y preferiría ponerle las esposas a él antes que a ningún otro criminal de Londres. Un tipo notable, el joven John Clay. Su abuelo fue un duque de sangre real; y él estudió en Eton y en Oxford.¹³ Su cerebro es tan hábil como sus dedos y aunque encontramos rastros suyos a cada paso, nunca sabemos dónde encontrarlo a él. Una semana puede robar una caja fuerte en Escocia y a la semana siguiente recaudar fondos para construir un orfanato en Cornualles. Llevo años siguiéndole la pista y jamás pude verlo frente a frente.

—Espero tener el placer de presentárselo esta noche. Yo tuve también uno o dos pequeños roces con el señor John Clay y estoy de

¹³ Eton College es uno de los más distinguidos y antiguos colegios secundarios de Gran Bretaña; Oxford, en las cercanías de Londres, es quizás la universidad más prestigiosa del mundo.



acuerdo en que se encuentra en la cumbre de su profesión. Pero ya son más de las diez y es hora de que nos pongamos en marcha. Ustedes dos tomen el primer carruaje, Watson y yo los seguiremos en el segundo.

Sherlock Holmes no se mostró muy comunicativo durante el largo recorrido; se quedó tumbado en su asiento del coche mientras tarareaba las melodías que había escuchado por la tarde. Avanzamos traqueteando por un interminable laberinto de callejuelas iluminadas con faroles, hasta que emergimos en la calle Farrington.

—Ya estamos cerca —comentó mi amigo—. Este Merryweather es un gerente de banco y el asunto le interesa de manera personal. También me pareció conveniente que nos acompañara Jones. No es mal tipo, aunque es un completo imbécil en su profesión. Sin embargo, posee una virtud: es valiente como un bulldog y tenaz como una langosta cuando cierra sus pinzas sobre alguien. Ya llegamos, nos están esperando.



Nos encontrábamos en la misma calle concurrida en la que habíamos estado a la mañana. Despedimos a nuestros carruajes y, siguiendo la guía del señor Merryweather, nos metimos en un estrecho callejón y entramos por una puerta lateral que él nos abrió. Adentro había un corto pasillo que terminaba en una pesadísima puerta de hierro. También esta fue abierta, y llegamos a una escalera de caracol con peldaños de piedra que bajaba hasta otra puerta formidable. El señor Merryweather se detuvo para encender un farol y luego nos condujo por un pasillo oscuro que olía a tierra y así, tras abrir una tercera puerta, llegamos a una enorme bóveda o bodega, repleta de grandes cajas y cajones.

—Ustedes no son muy vulnerables por arriba —comentó Holmes, mientras sostenía el farol en alto y miraba sobre su cabeza.

—Ni por abajo —respondió el señor Merryweather, golpeando con su bastón las losas que pavimentaban el suelo—. Pero... ¡no puede ser! ¡Esto suena a hueco! —exclamó sorprendido.



—Debo pedirle que no haga tanto ruido —dijo Holmes con tono severo—. Acaba de poner en peligro el éxito de toda nuestra expedición. ¿Puedo pedirle que tenga la bondad de sentarse en una de esas cajas y no interferir?

El solemne señor Merryweather se instaló sobre un cajón, con cara de ofendido, mientras Holmes se arrodillaba en el suelo y, con ayuda del farol y de una lupa, empezaba a examinar minuciosamente las rendijas que había entre las losas de piedra. Pareció quedar satisfecho en pocos segundos, pues se puso de nuevo en pie y guardó su lupa en el bolsillo.

—Tenemos al menos una hora —dijo—, porque difícilmente puedan hacer nada hasta que el bueno del prestamista se haya ido a la cama. Entonces no perderán ni un minuto, pues cuanto antes hagan su trabajo, más tiempo tendrán para escapar. En este momento estamos, doctor, como sin duda habrá adivinado, en el sótano de la sucursal del centro de uno de los principales bancos de Londres. El señor Merryweather es el gerente general y le explicará



las razones por las que los delincuentes más atrevidos de Londres se interesarían tanto en su sótano por estos días.

—Es nuestro oro francés —susurró el director—. Hemos tenido varios avisos de que podrían intentar robarlo.

—¿Su oro francés?

—Sí. Unos meses atrás decidimos reforzar nuestras reservas y por este motivo pedimos prestados al Banco de Francia treinta mil napoleones de oro. Se supo la noticia de que no tuvimos tiempo de desembalar el dinero y de que este se halla aún en nuestra bóveda. La caja sobre la que estoy sentado contiene dos mil monedas de oro empaquetadas entre láminas de plomo. En estos momentos, nuestras reservas en metálico son mucho mayores que lo que se suele guardar en una sola sucursal y los directores se sienten intranquilos por esta cuestión.

—Tienen muy buenas razones para sentirse así —replicó Holmes—. Y ahora es el momento de poner en orden nuestros pequeños planes.



Calculo que en menos de una hora se desencadenará todo. Entretanto, señor Merryweather, debemos tapar el farol.

—¿Y quedarnos a oscuras?

—Me temo que sí. He traído en mi bolsillo una baraja de naipes y pensaba que, puesto que somos cuatro, iba usted a poder jugar su partida después de todo. Pero me doy cuenta de que los preparativos del enemigo están tan avanzados que no podemos arriesgarnos a tener una luz encendida. En primer lugar, tenemos que tomar posiciones. Esta gente es muy osada y, aunque los tomemos por sorpresa, podrían lastimarnos si no somos cuidadosos. Yo me pondré detrás de este cajón y ustedes escóndanse detrás de aquellos. Entonces, cuando yo destape el farol y ellos queden iluminados, ustedes rodéenlos de inmediato. Y si disparan, Watson, no tenga reparos en derribarlos a tiros.

Coloqué mi revólver, amartillado, encima de la caja de madera tras la cual me había agazapado. Holmes corrió la pantalla negra del frente del farol y nos dejó en total oscuridad; la



oscuridad más absoluta que yo hubiera experimentado. Tan solo el olor del metal caliente nos recordaba que la luz del farol seguía ahí, preparada para brillar en el instante preciso. Para mí, que tenía los nervios de punta por la ansiedad, había algo deprimente y siniestro en aquellas súbitas tinieblas y en el húmedo aire frío de la bóveda.

—Solo tienen una vía de retirada —susurró Holmes—, que es regresar a la casa y salir a Coburg Square. Espero que haya hecho lo que le pedí, Jones.

—Tengo un inspector y dos agentes esperando delante de la puerta.

—Entonces, hemos tapado todos los agujeros. Y ahora, debemos quedarnos callados y esperar.

¡Qué larga pareció la espera! Al comparar notas después, resultó que apenas pasó una hora y cuarto, pero a mí me parecía que había pasado casi toda la noche y que arriba de nosotros ya estaría amaneciendo. Mis piernas estaban doloridas y tiesas, porque no me atrevía



a cambiar de postura; pero mis nervios habían alcanzado el límite máximo de tensión, y mi oído se había agudizado tanto que no solo podía oír la suave respiración de mis compañeros, sino que llegaba a distinguir las profundas y pesadas inspiraciones del corpulento Jones y el tono ligero y suspirante del banquero. Desde mi posición, podía mirar por arriba del cajón hacia el piso. De pronto, mis ojos captaron el destello de una luz.

Al principio fue apenas una débil chispa sobre el pavimento de piedra. Luego se extendió hasta convertirse en una línea amarilla y entonces, sin previo aviso y sin ruidos, pareció abrirse una grieta y apareció una mano: una mano blanca, casi femenina, que tanteó alrededor, en el centro de la pequeña zona iluminada. Durante cerca de un minuto, tal vez más, la mano siguió sobresaliendo del suelo, con sus dedos inquietos. Luego se retiró tan de repente como había aparecido y todo volvió a quedar a oscuras, excepto por el débil resplandor que señalaba una rendija entre las piedras.



Sin embargo, la desaparición fue momentánea. Con un fuerte ruido, una de las grandes losas blancas giró sobre uno de sus lados y dejó un hueco cuadrado por el cual brilló la luz de un farol. Por el borde asomó un rostro avispa-do y aniñado y luego, con una mano en cada lado del boquete, fue impulsándose hacia arriba, primero hasta los hombros y luego hasta la cintura, hasta que una rodilla quedó apoyada en el borde. Un instante después estaba de pie junto al agujero y ayudaba a subir a un compañero, menudo y ágil como él, con el rostro pálido y el pelo de color rojo intenso.

—No hay moros en la costa —susurró—. ¿Tienes la palanca y los sacos? Pero... ¡rayos y truenos! ¡Salta, Archie! ¡Salta... y que me atra-pen solo a mí!

Sherlock Holmes se había abalanzado sobre el intruso y lo había agarrado por el cuello. El otro se hundió en el agujero y pude oír el sonido de la tela rasgada cuando Jones lo intentaba tomar por la camisa. La luz reflejó el brillo del cañón de una pistola, pero la fusta



de Holmes golpeó la mano del hombre y la pistola cayó sobre el suelo de piedra.

—Es inútil, John Clay —dijo Holmes en voz baja—. No tiene ninguna posibilidad.

—Ya veo —respondió el otro con la mayor sangre fría—. Confío en que mi colega esté a salvo, aunque se hayan quedado con parte de su camisa.

—Hay tres hombres que lo esperan en la puerta —dijo Holmes.

—¡Oh, vaya! Parece que pensó en todos los detalles. Tengo que felicitarlo.

—Y yo a usted —respondió Holmes—. Su idea de los pelirrojos fue muy original y efectiva.

—Volverá a ver a su colega muy pronto —dijo Jones—. Es más rápido que yo saltando en agujeros, eso es seguro. Sosténganlo mientras le pongo las esposas.

—Le pido que no me toque con sus sucias manos —señaló el prisionero mientras las esposas se cerraban alrededor de sus muñecas—. Quizá ignore usted que por mis venas corre sangre de reyes. Tenga la amabilidad, de paso, de



decir siempre “señor” y “por favor”, cuando me hable.

—De acuerdo —dijo Jones, mientras lo miraba a los ojos y soltaba una risita—. ¿Tendría el caballero la gentileza de subir por la escalera, así podemos llamar a una carroza para que conduzca a su alteza a la comisaría?

—Así está mejor —dijo John Clay con total serenidad; nos saludó a los tres con una inclinación de cabeza y salió muy tranquilo, custodiado por el policía.

—En verdad, señor Holmes —dijo Merryweather mientras salíamos de la bóveda tras ellos—, no sé cómo podrá el banco agradecerle o recompensarlo. No cabe duda de que ha descubierto y frustrado de la forma más completa uno de los intentos de robo a un banco más audaces de los que tuve noticia.

—Yo tenía una o dos cuentas pendientes con el señor John Clay —dijo Holmes—. Este asunto me ocasionó algunos pequeños gastos, que espero que el banco me reembolse; pero aparte de eso, me considero pagado



de sobra con haber vivido una experiencia única en muchos aspectos, y con haber escuchado el notable relato de la Liga de los Pelirrojos.

—Como ve, Watson —explicó Holmes temprano en la mañana, mientras tomábamos un vaso de whisky con soda en la calle Baker—, era totalmente obvio, desde un principio, que el único objetivo posible de este tan fantasioso asunto del anuncio de la Liga y el copiar a mano la enciclopedia tenía que ser sacarse de encima a este no tan brillante prestamista durante ciertas horas cada día. Fue una curiosa forma de conseguirlo pero, la verdad, sería difícil pensar una mejor. Sin dudas, el método fue sugerido a la mente ingeniosa de Clay por el color de pelo de su cómplice. Las cuatro libras a la semana eran un cebo que atraería al prestamista, ¿y qué les importaba esa cantidad a ellos, que estaban por ganar miles? Ponen el anuncio; uno de los pillos alquila temporalmente la oficina, el otro pillo incita al prestamista a que se postule y juntos



se las arreglan para asegurar su ausencia cada mañana, durante toda la semana. Desde el momento en que escuché sobre aquel asistente que trabajaba por la mitad del sueldo, me resultó claro que debía tener un motivo muy poderoso para asegurarse de tener ese empleo.

—Pero ¿cómo pudo adivinar cuál era ese motivo?

—De haber habido mujeres en la casa, habría sospechado una intriga más vulgar. Esa opción, sin embargo, estaba descartada. El negocio del prestamista era modesto y no había en su casa nada que pudiera justificar unos preparativos tan complicados y unos gastos como aquellos. Por lo tanto, tenía que tratarse de algo afuera de la casa. ¿Qué podía ser? Pensé en la afición del empleado por la fotografía y en su manía de meterse en el sótano. ¡El sótano! Allí estaba la punta del ovillo de esta enmarañada pista. Entonces hice algunas averiguaciones acerca de este misterioso asistente y descubrí que me estaba enfrentando con uno



de los más calculadores y atrevidos criminales de Londres. Él estaba haciendo algo en el sótano... algo que le llevaría varias horas al día durante meses, hasta poder terminarlo. Una vez más: ¿qué podía ser? Lo único que podía pensar era que estaba excavando un túnel hacia algún otro edificio.

Hasta ahí había llegado, cuando fuimos a visitar el escenario de los hechos. Lo sorprendí al golpear el pavimento con mi bastón: estaba comprobando si el sótano se extendía por delante de la casa o por detrás. No estaba por delante. Entonces llamé a la puerta y, tal como esperaba, abrió el empleado. Habíamos compartido algunas escaramuzas, pero nunca nos habíamos visto frente a frente. Yo apenas le miré la cara: sus rodillas era lo que deseaba ver. Usted mismo habrá notado lo sucias, arrugadas y gastadas que estaban las rodillas de su pantalón. Eso era prueba de todas aquellas horas de excavación. Lo único que faltaba averiguar era para qué cavaban. Al doblar la esquina y ver el edificio del City Bank pegado al fondo de la



propiedad de nuestro amigo, sentí que había resuelto el problema. Mientras usted volvía a su casa después del concierto, yo le hice una visita a Scotland Yard y otra a la gerencia del banco, con el resultado que ya vio.

—¿Y cómo pudo prever que darían el golpe esta noche? —pregunté.

—Bueno, que cerraran su oficina de la Liga era señal de que ya no les preocupaba la presencia de Jabez Wilson; en otras palabras, de que ya habían completado su túnel. Pero era esencial que lo utilizaran lo más pronto posible, antes de que lo descubrieran o de que trasladaran el oro. El sábado era el día más adecuado para ellos, pues eso les dejaría dos días para huir. Por todas estas razones, esperaba que vinieran esta noche.

—¡Lo razonó todo hermosamente! —exclamé con indisimulada admiración—. Una cadena tan larga y, sin embargo, cada eslabón se siente fuerte.

—Me salvó del aburrimiento —respondió, bostezando—. Pero ¡ay!... ya lo siento de



nuevo abalanzarse sobre mí. Toda mi vida se consume en un constante esfuerzo por escapar de los lugares comunes de la existencia. Estos pequeños problemas me ayudan a lograrlo.

—Y es usted un benefactor de la humanidad —dije.

Holmes se encogió de hombros.

—Bueno, quizá, después de todo, lo que hago tenga alguna utilidad —comentó—. *L'homme c'est rien, l'oeuvre c'est tout*,¹⁴ como Gustave Flaubert le escribió a George Sand.

¹⁴ “El hombre no es nada, la obra es todo”. La frase, en idioma francés, es parte de una carta enviada por Gustave Flaubert, un famoso escritor francés, a George Sand (seudónimo de Amantine Dupin), reconocida escritora de la misma nacionalidad.





Este libro fue diseñado con la
tipografía *Adobe Caslon Pro*
en cuerpo 12, interlineado 16.
Se imprimieron 45.000 ejemplares en
la Imprenta de la Ciudad de
Buenos Aires en el mes de diciembre
de 2018 para distribuir gratuitamente
en las escuelas de la Ciudad.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
Buenos Aires Ciudad

Aires



Vamos
Buenos
Aires

03-07-2025